

# El Jubileo de la Misericordia reaviva el espíritu del Concilio Vaticano II

---

Mons. Octavio Ruiz Arenas

ARZOBISPO EMÉRITO DE VILLAVICENCIO (COLOMBIA)

SECRETARIO DEL PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PROMOCIÓN DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

**RESUMEN** El Jubileo de la Misericordia es una invitación a toda la Iglesia a vivir y poner en práctica lo que constituye el núcleo central de todo el Evangelio, y es una iniciativa que el Papa Francisco, fiel a lo que ha sido el eje de su ministerio episcopal, ha querido establecer para que se reavive el espíritu del Vaticano II. La Iglesia, a partir del Concilio, ha dado un vuelco tomando una opción por el hombre, entroncando su misterio y su dignidad en Cristo Redentor, y ha asumido un verdadero compromiso de amor y solidaridad para convertirse en servidora de la humanidad, a la cual se entrega con misericordia, que viene a ser el signo de credibilidad en su labor evangelizadora.

**PALABRAS CLAVE** Misericordia, Vaticano II, fraternidad, servicio, perdón, hombre.

**SUMMARY** *The Jubilee Year of Mercy is an invitation to the whole Church to live and put into practice the very nucleus of the entire Gospel. It is an initiative of Pope Francis who is faithful to the basis of his episcopal ministry and wants to establish it in order to revive the spirit of Vatican II. With the Council, the Church has taken a new turn by opting for humanity and by centering the mystery and dignity of human beings in the very Person of Jesus Christ the Redeemer. The Church has taken on a genuine compromise of love and solidarity to convert itself into the servant of all humankind through a service of mercy, the true mark of credibility in the Church's task of evangelization.*

**KEYWORDS** *Mercy, Vatican II, Fraternity, Service, Pardon, Humankind.*

Durante la celebración penitencial que presidía el papa Francisco el 13 de marzo de 2015, día en el que conmemoraba el segundo aniversario de su elección como obispo de Roma, anunció que a partir del 8 de diciembre se iniciaría un Jubileo Extraordinario en toda la Iglesia, con el fin de contemplar

el misterio de la misericordia divina “para poder ser también nosotros mismos signo eficaz del obrar del Padre”. Se trata de un “tiempo propicio para la Iglesia, para que haga más fuerte y eficaz el testimonio de los creyentes”<sup>1</sup>.

Si bien es cierto que el Santo Padre tomó de sorpresa a toda la Iglesia con esa solemne convocación de un Año Jubilar, sin embargo no era algo que hubiera causado extrañeza en cuanto al objetivo mismo que él proponía: *la misericordia*. Ésta ha sido el eje permanente de su predicación e incluso de lo que constituyó el lema y propósito de su ministerio episcopal, tal como aparece en escudo: “*miserando atque eligendo*”, lema que el mismo papa Francisco nos explica en la Bula de convocación del Jubileo. Se inspira en el comentario de San Beda el venerable al episodio de la vocación de Mateo, cuando Jesús, con una mirada de misericordia perdona sus pecados y lo escoge a él, pecador y publicano, para que sea uno de los Doce: “Jesús miró a Mateo con amor misericordioso y lo eligió”<sup>2</sup>.

En múltiples ocasiones, incluso durante la primera homilía que pronunció dos días antes de tomar posesión oficial de la Cátedra de Pedro, ha hecho ver que el mensaje principal de la vida y predicación del Señor es el de la misericordia, pues Él mismo dijo que no había venido por los justos, sino por lo pecadores (Lc 5,32), a quienes se les acerca, los perdona y los llama a la conversión, invitándoles siempre a no pecar más<sup>3</sup>. El tema central del Evangelio es, en efecto, la misericordia, la cual es considerada la más grande de las virtudes<sup>4</sup> y constituye la característica fundamental de Dios, que es “compasivo y misericordioso” (Sal 103,8).

La Iglesia a lo largo de toda su historia ha experimentado la infinita misericordia del Padre y su fuerza difusiva y vive un deseo inagotable de brindar misericordia (cf. EG 24), por lo cual el papa la invita para que la misericordia sea un signo de credibilidad de la Iglesia y escuche siempre el clamor de los pobres<sup>5</sup>.

---

1 FRANCISCO, *Misericordiae vultus*, Bula de convocación del Jubileo Extraordinario de la Misericordia (11 de abril de 2015) 3.

2 *Ibid.*, 8.

3 *Id.*, Homilía en la parroquia de Santa Ana, Ciudad del Vaticano (17 de marzo de 2013).

4 Cf. *Id.*, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (24 de noviembre de 2013) 37, citando a Sto. Tomás de Aquino, *Summa Theologiae* II-II, q. 30, art. 4.

5 Cf. *Id.*, *Misericordiae vultus* 10.

## I. EL JUBILEO, UN AÑO DE GRACIA

El Jubileo de la Misericordia constituye un año de gracia en el que la Iglesia está llamada a introducir a todos los bautizados en el misterio de la misericordia divina y a tomar conciencia de que debe ser la primera testigo veraz de la misericordia. Ante un mundo en donde la injusticia, la violencia, la corrupción y la anticultura de muerte quieren sobreponerse a todo, en donde ha ido desapareciendo el tema de la misericordia en la cultura presente y todo parece oponerse al Dios misericordioso, este es un año en el que hemos de abrir el corazón para experimentar el amor de Dios en nuestra vida, dejarnos consolar por Él, permitir que nos acaricie con su ternura y nos cobije con su perdón.

### 1. LA PREDICACIÓN DE JESÚS BASE DEL JUBILEO

Un año de gracia era lo que, invocando el texto de Isaías (Is 61,1-2) en la sinagoga de Nazaret, Jesús vino a inaugurar y hacer realidad en medio de su pueblo. Ese año de gracia y misericordia que proclama Jesús para anunciar la Buena Nueva a los pobres, la libertad a los cautivos, dar la vista a los ciegos y poner en libertad a los oprimidos (Lc 4,16-21), constituye la base de todo Jubileo en la Iglesia. Podríamos decir que los años santos que celebramos son como una actualización del año de gracia proclamado por el Señor.

Jesús, pues, toma ese trozo lleno de esperanza en el que el profeta anunciaba la liberación y evocaba un año de gracia. El pueblo de Israel conocía lo que significaba todo esto, pues a partir del éxodo había recibido de Yahvé, por boca de Moisés, las instrucciones para que se realizara un año sabático cada siete años, y un año jubilar cada cuarenta y nueve. Ese año jubilar no era solo un acto de culto, sino una renovación total, un año para mantener viva la memoria en el Dios misericordioso, que pedía la expiación de los pecados, pero sobre todo la restitución de las tierras, la remisión de las deudas, el descanso de los cultivos, la santificación de todos. Era un año que buscaba terminar con las desigualdades y la injusticia social (Lev 25,1-17). Ciertamente, sin embargo, es difícil que el pueblo de Israel haya cumplido a cabalidad con las exigencias que aparecen en este texto.

Fue la piedad popular la que impulsó la celebración de los Jubileos en la Iglesia. El primero de ellos se realizó en el año 1300 durante el cual el papa Bonifacio VIII comunicó que los peregrinos que visitaran la basílica de San Pedro recibirían una “plenísima remisión de los pecados”. En 1350 fue el papa Clemente VI quien puso en estrecha relación el Jubileo judío con el “nuevo” Jubileo, que habría de celebrarse cada cincuenta años. Más tarde, en 1470, el papa Pablo II estableció que los Jubileos debían celebrarse cada veinticinco años, para dar la posibilidad a los pecadores de lograr la reconciliación y la remisión que otorga la indulgencia.

El último Jubileo que celebró la Iglesia fue el del año 2000, en el que se conmemoraban los dos mil años del nacimiento de Jesús. Fue un Jubileo que nos invitó a caminar con Cristo, a mirar con optimismo el futuro, a remar mar adentro, sin temores, pues Él perenemente está presente y así nos lo prometió: “Yo estaré con vosotros siempre, hasta el fin del mundo” (Mt 28,20). La Iglesia en ese nuevo milenio abrió una nueva etapa en la historia de la Iglesia, para la cual san Juan Pablo II decía que para ello no había que inventar nuevos programas sino centrarse en Cristo:

No se trata, pues, de inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste. Es un programa que no cambia al variar los tiempos y las culturas, aunque tiene cuenta del tiempo y de la cultura para un verdadero diálogo y una comunicación eficaz<sup>6</sup>.

El Año Jubilar que ahora estamos celebrando es extraordinario en cuanto que no hace parte de los Jubileos que se celebran cada veinticinco años, y tampoco es un Jubileo conmemorativo como los dos Jubileos del siglo pasado (1933 y 1983) que fueron convocados para conmemorar aniversarios del misterio de la Redención realizada por Cristo. En esta ocasión el papa ha tomado el contenido central del Evangelio para recordar a toda la Iglesia que el cumplimiento de la misión que el Señor le ha encomendado, de anunciar

---

6 JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo Millennio ineunte* (6 de enero de 2001) 29.

la Buena Nueva a todas las gentes, debe estar impregnado por el amor y la misericordia divina. Al respecto nos recuerda el Santo Padre que:

La misericordia es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia. Todo en su acción pastoral debería estar revestido por la ternura con la que se dirige a los creyentes; nada en su anuncio y en su testimonio hacia el mundo puede carecer de misericordia<sup>7</sup>.

## 2. UN AÑO DE GRACIA QUE NOS LLAMA A SABER PERDONAR

Como sucede en todos los Jubileos, éste también nos invita para que hagamos una sincera conversión y nos acerquemos con humildad y confianza a experimentar en carne propia la grandeza de la misericordia divina que se nos ofrece a través del sacramento de la Reconciliación. Allí llegamos a suplicar la ayuda y el perdón del Señor y hacemos el propósito de estar siempre dispuestos a perdonar y ser misericordiosos.

En efecto, no basta cambiar y tratar de que impere la justicia, se nos llama a ir más allá, a practicar la caridad. Si bien es cierto que el establecimiento de un orden justo es tarea propia del Estado, la Iglesia no puede quedarse al margen de la lucha por la justicia e ir más allá, pues aun en la sociedad más justa siempre habrá necesidad de amor y misericordia. “Quien intenta desentenderse del amor se dispone a desentenderse del hombre en cuanto hombre”<sup>8</sup>, decía Benedicto XVI, pues “la caridad supera la justicia y la completa siguiendo la lógica de la entrega y el perdón”<sup>9</sup>. La misericordia, por consiguiente, nos debe llevar a ser pregoneros del anuncio alegre del perdón, sin cuyo testimonio la vida resultaría infecunda y estéril, puesto que corremos el riesgo de quedarnos en el frío cumplimiento de la ley y vivir en un legalismo similar al de los fariseos. Tenemos más bien que buscar abandonarnos confiadamente en la voluntad de Dios y aferrarnos a la cruz de Cristo que nos ofrece la certeza del amor y de la vida nueva.

---

7 FRANCISCO, *Misericordiae vultus* 10.

8 BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Deus caritas est* (25 de diciembre de 2005) 28.

9 *Id.*, Carta encíclica *Caritas in veritate* (29 de junio de 2009) 6.

El reclamo a la necesidad de perdonar es casi un imperativo para nuestra vida cristiana. Éste debe ser la expresión viva del amor misericordioso y compasivo que da credibilidad a la Iglesia. Frente a un mundo ahogado por las ansias de venganza y muerte, de acusación y castigo, y en donde la justicia a veces se presenta, no como algo que libere, sino como una pesada carga que oprime, se ha perdido el sentido mismo de la misericordia hasta el punto de considerar las llamadas obras de misericordia como deberes forzados para aspirar a la salvación. El papa reafirma todo esto de manera elocuente:

Tal vez por mucho tiempo nos hemos olvidado de indicar y de andar por la vía de la misericordia. Por una parte, la tentación de pretender siempre y solamente la justicia ha hecho olvidar que ella es el primer paso, necesario e indispensable; la Iglesia no obstante necesita ir más lejos para alcanzar una meta más alta y más significativa. Por otra parte, es triste constatar cómo la experiencia del perdón en nuestra cultura se desvanece cada vez más. Incluso la palabra misma en algunos momentos parece evaporarse. Sin el testimonio del perdón, sin embargo, queda solo una vida infecunda y estéril, como si se viviese en un desierto desolado. Ha llegado de nuevo para la Iglesia el tiempo de encargarse del anuncio alegre del perdón. Es el tiempo de retornar a lo esencial para hacernos cargo de las debilidades y dificultades de nuestros hermanos. El perdón es una fuerza que resucita a una vida nueva e infunde el valor para mirar el futuro con esperanza<sup>10</sup>.

Este Jubileo, asimismo, es un año en el que, a partir de la reflexión y puesta en práctica de las obras de misericordia corporales y espirituales, estamos invitados a hacer el esfuerzo de salir como Jesús, con convicción y alegría, a las periferias existenciales a consolar a los afligidos y rescatar aquellos que sufren el descarte social y la indiferencia. Los criterios para alcanzar ese camino de perfección espiritual nos los presenta Jesús mismo cuando nos dice que no debemos juzgar y condenar a los demás, que tenemos que perdonar y dar con generosidad (Lc 6,37-38), es decir, que no nos podemos dejar llevar por los celos y la envidia, sino que debemos esforzarnos por percibir lo que hay de bueno en cada persona e, igualmente, que nuestra generosidad y nuestro

---

10 FRANCISCO, *Misericordiae vultus* 10.

perdón sean expresión de haber experimentado primero nosotros mismos la misericordia de Dios en nuestra vida.

Dentro del empeño que tiene la Iglesia de llevar adelante la nueva evangelización, se requiere, entonces, que la Iglesia busque gestos y lenguajes que transmitan el amor y la misericordia de Dios y aproveche este Año Jubilar para impulsar en todos los bautizados el deseo de sentir la gran novedad y alegría que representa el encuentro personal con Cristo. Fruto de todo ello es el de tener la actitud del buen samaritano, que ve al herido con compasión, se detiene frente a él y lo socorre (Lc 10,25-37). Es necesario que abramos la vista y el corazón para reconocer tantas periferias existenciales en el mundo actual y con decisión vayamos a consolar y a brindar solidaridad con sentimientos de profunda misericordia. Hay tantas personas que esperan esos gestos de calor humano, de solidaridad, de amistad y cristiana fraternidad<sup>11</sup>.

## II. EL AIRE NUEVO DEL VATICANO II

No es una casualidad el hecho de que el Jubileo de la Misericordia se haya inaugurado el 8 de diciembre de 2015. Fue una fecha fijada con la clara intención de celebrar el quincuagésimo aniversario de culminación del Concilio Vaticano II y de hacer ver el profundo nexo que existe entre la doctrina conciliar y la proclamación de este Año Santo. San Juan Pablo II nos decía que “La Iglesia contemporánea es altamente consciente de que únicamente sobre la base de la misericordia de Dios podrá hacer realidad los contenidos que brotan de la doctrina del Concilio Vaticano II”<sup>12</sup>. Benedicto XVI afirmaba que el Concilio era un gran acontecimiento eclesial y una gracia para toda la Iglesia, que se nos ofrece como una brújula segura para orientarnos en el camino que debe recorrer la Iglesia en el momento presente<sup>13</sup>.

---

11 Cf. *Ibid.*, 15.

12 JUAN PABLO II, Carta encíclica *Dives in misericordia* (30 de noviembre de 1980) 13.

13 Cf. BENEDICTO XVI, *Audiencia general* (10 de octubre de 2012), víspera de la celebración de los 50 años de la inauguración del Vaticano II.

## 1. EL INTERÉS DEL CONCILIO POR EL HOMBRE

El Concilio quiso hacer frente a la situación que se presentaba hace cincuenta años, en la que, al lado del progreso científico y de la mayor conciencia de la libertad, los hombres se olvidaban de Dios, reivindicaban una autonomía absoluta y se cerraban a la trascendencia, refugiándose en la ideología del laicismo. El Vaticano II colocó la cuestión sobre Dios, el Dios vivo y personal, providente, amoroso y garante de la dignidad humana, como el punto central de este gran evento eclesial<sup>14</sup>. Por esta razón, frente a un mundo que cambiaba rápidamente, era necesario que la fe se presentara de manera renovada, más incisiva, pero manteniendo intactos sus contenidos perennes<sup>15</sup>, con el fin de continuar cumpliendo la exigencia de anunciar el Evangelio en toda su grandeza y toda su pureza<sup>16</sup>.

No podemos desconocer que el Vaticano II dio un fuerte impulso a la recta comprensión del ser y la misión de la Iglesia, al recordar y poner en evidencia su cristocentrismo y su profundo tronque trinitario. Por ello no dudó en subrayar su dimensión misteriosa, que lejos de contraponerse a la misión que tiene en el mundo, le da su fundamento, sin el cual no tendría sentido su compromiso con la humanidad<sup>17</sup>. A partir de allí el Concilio ha querido una renovación, pero manteniendo una continuidad con su pasado y una gran fidelidad al mandato del Señor para hacer actual el Evangelio en cada uno de los pueblos y en sus respectivas culturas, con el fin de que todos puedan encontrar la Vida verdadera en Jesucristo.

El interés de la Iglesia de ponerse al servicio de la humanidad no es algo que apareció con el Concilio. Se trata de una realidad vivida por la Iglesia a lo largo de toda su historia, no sin altibajos, pero que responde a su fidelidad al Evangelio y a su compromiso de imitar a Jesús siempre cercano, atento, solidario y misericordioso con todos los que encontraba.

Mirando la historia de la Iglesia y leyendo los *Hechos de los Apóstoles* vemos que las primeras comunidades cristianas evangelizaron de manera especial dando un testimonio permanente de caridad fraterna (Hch 2,42-47;

14 Cf. PABLO VI, Alocución *El valor religioso del Concilio* (7 de diciembre de 1965).

15 Cf. JUAN XXIII, Discurso de apertura del Concilio Vaticano II, *Gaudet Mater Ecclesia* (11 de octubre de 1962).

16 Cf. BENEDICTO XVI, *Discurso a la Curia romana con ocasión de la felicitación navideña*, (22 de diciembre de 2005).

17 Cf. CONCILIO VATICANO II, *Lumen Gentium*, Capítulo I.



4,32-35), hasta el punto, como afirma un Padre de la Iglesia, que los paganos se maravillaban de su comportamiento y decían “mirad como se aman”. Desde un principio se entendió que el ejercicio de la caridad era una tarea propia de la Iglesia.

A partir del Vaticano II la Iglesia ha querido renovar ese profundo deseo de volcarse hacia la humanidad para que los miembros de la Iglesia, a través del amor y el servicio al hombre y a la mujer de nuestro tiempo, puedan amar a Dios, es decir, vuelvan a encontrar de nuevo a Dios por la vía del amor fraterno. San Juan XXIII precisamente quiso dar ese toque de cercanía y misericordia cuando, al inaugurar el Concilio, decía explícitamente: “En nuestro tiempo, sin embargo, la Esposa de Cristo prefiere usar la medicina de la misericordia más que la de la severidad. Ella quiere venir al encuentro de las necesidades actuales, mostrando la validez de su doctrina más bien que renovando condenas” y ponía de relieve que la Iglesia “valiéndose de sus hijos, extiende por doquier la amplitud de la caridad cristiana, que más que ninguna otra cosa contribuye a arrancar los gérmenes de la discordia y, con mayor eficacia que otro medio alguno, fomenta la concordia, la justa paz y la unión fraternal de todos”<sup>18</sup>.

El Concilio sintió la gran responsabilidad de estar en el mundo como signo vivo del amor del Padre. Por eso el beato Pablo VI indicó con gran claridad que la Iglesia no pretende el poder, sino la habilidad para servir y amar, para comprender mejor a los hombres de este tiempo compartiendo sus dolores y sus aspiraciones, y para dar ánimo a sus esfuerzos por lograr su prosperidad, su libertad y la paz. Afirmaba, además, que la Iglesia se siente “la sirvienta de la humanidad” y recordaba, al clausurar el Vaticano II, que el giro antropológico que éste había asumido no pretendía reducir el cristianismo a una mera dimensión horizontal y natural, en detrimento de la dimensión vertical y espiritual. Para evitar malentendidos en este campo afirmaba:

Queremos más bien notar cómo la religión de nuestro Concilio ha sido principalmente la caridad, y nadie podrá tacharlo de irreligiosidad o de infidelidad al Evangelio por esta principal orientación, cuando

---

18 JUAN XXIII, Alocución *Gaudet Mater Ecclesia*.

recordamos que el mismo Cristo es quien nos enseña que el amor a los hermanos es el carácter distintivo de sus discípulos (cf. Jn 10,35)<sup>19</sup>.

En el mismo discurso recalca también que la Iglesia del Concilio, además de haberse ocupado de sí misma en su relación con Dios, se ocupó del hombre tal como se presenta hoy en todas sus facetas, tanto positivas como negativas, en sus dolores y tristezas, pero también en sus gozos y esperanzas, en las concepciones filosóficas modernas pero también a la luz de la antropología bíblica, haciendo ver que todo ello se ilumina con el Dios hecho hombre.

Es muy significativo al respecto que los Padres conciliares hubieran iniciado su Constitución pastoral *Gaudium et spes* mostrando su simpatía con todos los hombres y ante cuyos problemas no podían permanecer indiferentes:

Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón... La Iglesia se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia (GS 1).

## 2. COMPROMISO DE AMOR Y SOLIDARIDAD

El Concilio, consciente de las grandes problemáticas mundiales a las cuales debía dar una respuesta, planteaba las grandes paradojas de ese momento y hacía ver que mientras se percibía un gran crecimiento de las riquezas, del sentido de libertad y de la necesidad de unidad y solidaridad mundiales, por otra parte se acentuaban el hambre y la miseria, surgían nuevas formas de esclavitud y aumentaban las divisiones por la presencia de fuerzas contrapuestas (cf. GS 4), situaciones que, lamentablemente, aún hoy siguen siendo actuales cincuenta años después.

La Iglesia que nos presenta el Vaticano II es una comunidad que quiere estar atenta a ser solidaria con los pueblos, a mostrar el amor de Cristo en me-

---

19 Cf. PABLO VI, *El valor religioso del Concilio*.

dio de toda la humanidad, pues si ha tomado una opción a favor del hombre, especialmente del pobre y afligido, lo ha hecho desde el amor:

Cristo fue enviado por el Padre a “evangelizar a los pobres y levantar a los oprimidos” (Lc 4,18), “para buscar y salvar lo que estaba perdido” (Lc 19,10); así también la Iglesia abraza con su amor a todos los afligidos por la debilidad humana; más aún, reconoce en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador pobre y paciente, se esfuerza en remediar sus necesidades y procura servir en ellos a Cristo (LG 8).

Como una madre comprensiva que abre sus puertas a todos, hombres y mujeres de todos los tiempos, lugares, razas, culturas y credos religiosos, la Iglesia se vuelca hacia la humanidad pues desea ayudarles a curarse de sus males y desarrollar sus potencialidades, a ser solidaria con ellos gozando en sus alegrías, consolando sus tristezas, dando ánimo en sus angustias, infundiendo esperanza. Todo esto se inscribe como consecuencia de la misión que tiene la Iglesia, misión religiosa de la cual se derivan funciones, luces y energías que pueden ayudar a consolidar la sociedad civil y a “crear obras al servicio de todos, particularmente de los necesitados, como son, por ejemplo, las obras de misericordia” (GS 42).

En efecto, el espíritu de servicio fue lo que recalcó el Vaticano II al comienzo de la *Gaudium et spes*, Constitución pastoral que ha sido considerada la Carta magna del humanismo cristiano.

Es la persona del hombre la que hay que salvar. Es la sociedad humana la que hay que renovar... No impulsa a la Iglesia ambición terrena alguna. Sólo desea una cosa: continuar, bajo la guía del Espíritu, la obra misma de Cristo, quien vino al mundo para dar testimonio de la verdad, para salvar y no para juzgar, para servir y no para ser servido (GS 3).

Este cambio de percepción de la Iglesia, que es “sacramento universal de salvación” (cf. LG 48; GS 45), como también todos los cambios sociales, políticos, culturales y religiosos que se han sucedido vertiginosamente en los últimos años, han incidido profundamente no solo la percepción del mundo y de nuestra responsabilidad frente a él, sino también en nuestro modo de sentirnos y de ser Iglesia. Por esta razón el Vaticano II quiso hacernos tomar

conciencia de nuestra realidad eclesial y de lo que constituye nuestra tarea evangelizadora para el mundo de hoy. Asimismo nos ha hecho reflexionar seriamente acerca de cómo la Iglesia y cada uno de nosotros tenemos que cumplir nuestra misión, en comunión con el mundo en el que estamos presentes, manifestando y realizando aquel misterio del amor de Dios a los hombres, es decir, el Verbo encarnado.

### III. EL JUBILEO DE LA MISERICORDIA ACTUALIZA EL ESPÍRITU DEL CONCILIO

La motivación central para la convocación de este Jubileo extraordinario se entronca muy bien y da continuidad a los nuevos vientos que comenzaron a soplar a partir del Concilio Vaticano II, que se propuso hablar de Dios a los hombres de su tiempo en un modo más comprensible, invitando a una nueva etapa evangelizadora en la que la Iglesia se presente como signo vivo del amor del Padre. Esta fue la inspiración que quiso darle san Juan XXIII quien, al inaugurar ese gran evento conciliar, mostraba cual debía ser el camino a seguir: *la misericordia*. Para él la Iglesia debe mostrarse como “madre amable de todos, benigna, paciente, llena de misericordia y bondad para con los hijos separados de ella”<sup>20</sup>.

#### 1. LAS ORIENTACIONES DEL BEATO PABLO VI

Esto mismo fue reafirmado por Pablo VI, que recién iniciado su pontificado, poco antes del comienzo de la segunda Sesión conciliar, en su Encíclica programática *Ecclesiam suam*, hacía ver que había llegado la hora de la caridad, la cual constituye el fundamento de la verdadera reforma de la Iglesia y del ejercicio de su misión salvífica. Siguiendo la horma trazada por su antecesor, Pablo VI quiso dar un enfoque teológico a ese volcarse del Concilio hacia el hombre con amor fraterno, no solo paterno, para subrayar que Cristo nos hace hermanos, de tal manera que en el núcleo de la misión de la Iglesia se encuentra la tarea de hacer hermanos a todos los hombres y, por consiguien-

---

20 JUAN XXIII, *Gaudet Mater Ecclesiae* (§ 6).

te, anunciarles con inmenso gozo que son hijos de Dios. De este modo la Iglesia se vuelve una incansable sierva de la humanidad, que antes de buscar convertir al hombre, más aún para poder convertirlo, busca acercarse y dialogar con él, escuchar su voz y su corazón, para comprenderlo y ofrecerle los dones de los que Cristo nos ha hecho depositarios y comunicarle nuestra maravillosa suerte de redención y de esperanza. Así, pues, Pablo VI pone en evidencia que la fraternidad es esencial para la evangelización del mundo contemporáneo, porque la fraternidad es el testimonio de haber reconocido y recibido el amor del Padre, es poner en acto ese amor que brota del corazón de Cristo y se derrama en toda la humanidad. De ahí surge el imperativo de Cristo a la Iglesia que quiere que ella sea enteramente para la humanidad, en medio de la cual se desarrolla su misión. Ella está para evangelizar, esa es su vocación y misión, y por lo tanto debe ser la transparencia permanente del amor de Dios a los hombres<sup>21</sup>.

Para Pablo VI no existía duda en relación con la primacía de la caridad para que la luz de Cristo brillara en medio de la humanidad y por esto recordaba que:

la caridad debe hoy asumir el puesto que le corresponde, el primero, el más alto, en la escala de los valores religiosos y morales, no sólo en la estimación teórica, sino también en la práctica de la vida cristiana. Esto sea dicho tanto de la caridad para con Dios, que es reflejo de su Caridad sobre nosotros, como de la caridad que por nuestra parte hemos de difundir nosotros sobre nuestro prójimo, es decir, el género humano. La caridad todo lo explica. La caridad todo lo inspira. La caridad todo lo hace posible, todo lo renueva. La caridad todo lo *excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera* (1 Co 13, 7). ¿Quién de nosotros ignora estas cosas? Y si las sabemos, ¿no es ésta acaso la hora de la caridad?<sup>22</sup>

Esta apertura fraterna de Pablo VI se ve reflejada en la *Gaudium et spes* cuando los padres conciliares recuerdan que Jesús “En su predicación mandó

---

21 Cf. PABLO VI, Carta encíclica *Ecclesiam suam* (6 de agosto de 1964) nn. 1-5; E. ESCOBAR CARDONA, *Colloquium salutis. Investigación teológica sobre el desarrollo de ecclesiam suam de Paulo VI desde el manuscrito personal hasta el texto promulgado* (Berna 2014) 16-26.

22 PABLO VI, *Ecclesiam suam* 22.

claramente a los hijos de Dios que se trataran como hermanos” y “ordenó a los Apóstoles predicar a todas las gentes la nueva evangélica, para que la humanidad se hiciera familia de Dios, en la que la plenitud de la ley sea el amor” (GS 32). Por esto un objetivo fundamental del Concilio era proclamar “la altísima vocación del hombre y la divina semilla que en éste se oculta”, y ofrecer al género humano “la sincera colaboración de la Iglesia para lograr la fraternidad universal que responda a esa vocación”. Por esa razón el Concilio no pretendía ninguna ambición terrena, sino solamente “continuar, bajo la guía del Espíritu, la obra misma de Cristo, quien vino al mundo para dar testimonio de la verdad, para salvar y no para juzgar, para servir y no para ser servido” (GS 3).

Al clausurar el Concilio, Pablo VI subrayaba todo lo anterior al decir que “La antigua historia del samaritano ha sido la pauta de la espiritualidad del Concilio... toda esta riqueza doctrinal se vuelca en una única dirección: servir al hombre. Al hombre en todas sus condiciones, en todas sus debilidades, en todas sus necesidades”<sup>23</sup>. La doctrina conciliar se orientó por lo tanto en la dirección de servir a la humanidad, con humildad, es decir con la actitud de una simple sierva. Servir al hombre en su situación concreta.

## 2. EL LLAMADO AL AMOR Y LA MISERICORDIA EN SAN JUAN PABLO II Y BENEDICTO XVI

Ha sido precisamente este espíritu conciliar el que ha sido muy recalcado por los papas durante estos últimos cincuenta años, los cuales han enriquecido muchísimo la Doctrina Social de la Iglesia por medio, no sólo de Encíclicas<sup>24</sup>, sino también a través de innumerables mensajes, catequesis y discursos en los que se ha querido mantener vivo el interés de la Iglesia por el hombre, en la defensa de su dignidad, de su libertad, de la justicia, de la solidaridad, de la paz y del respeto por toda la creación.

San Juan Pablo II, ya desde el comienzo de su pontificado, en su primera Encíclica *Redemptor hominis*, quiso afianzar ese especial interés que tiene la

<sup>23</sup> *Id.*, *El valor religioso del Concilio*, 13.

<sup>24</sup> Cf. PABLO VI: Encíclica *Populorum progressio* (1967), Carta apostólica *Octogesima adveniens* (1971); JUAN PABLO II: Encíclicas *Laborem exercens* (1981), *Sollicitudo rei sociales* (1987), *Centesimus annus* (1991); BENEDICTO XVI: *Deus caritas est* (2005), *Caritas in veritate* (2009); FRANCISCO: *Laudato si'* (2015).

Iglesia para servir a la humanidad, de tal manera que “no puede abandonar al hombre, cuya ‘suerte’, es decir, la elección, la llamada, el nacimiento y la muerte, la salvación o la perdición, están tan estrecha e indisolublemente unidas a Cristo” (n. 14). Ese interés por servir a la humanidad le llevó a decir que la Iglesia se hace “sierva de los hombres”, camina y vive con ellos, enteramente solidaria con su historia, ayudando a realizar su fin supremo que es el Reino de Dios, del cual es en la tierra el germen e inicio<sup>25</sup>. Consciente de la centralidad que tiene la misericordia en la predicación y la obra salvífica realizada por Jesús, que terminan con la cruz y la resurrección, san Juan Pablo dedicó toda una Encíclica para hacer resaltar el rico don de la misericordia, que se manifiesta en todo su culmen en el misterio pascual, por medio del cual se justifica al hombre y se restablece la justicia querida por Dios desde el principio<sup>26</sup>:

“Dios rico en misericordia” es el que Jesucristo nos ha revelado como Padre; cabalmente su Hijo, en sí mismo, nos lo ha manifestado y nos lo ha hecho conocer...

Siguiendo las enseñanzas del Concilio Vaticano II y en correspondencia con las necesidades particulares de los tiempos en que vivimos, he dedicado la Encíclica *Redemptor Hominis* a la verdad sobre el hombre, verdad que nos es revelada en Cristo, en toda su plenitud y profundidad. Una exigencia de no menor importancia, en estos tiempos críticos y nada fáciles, me impulsa a descubrir una vez más en el mismo Cristo el rostro del Padre, que es “misericordioso y Dios de todo consuelo”. Efectivamente, en la Constitución *Gaudium et Spes* leemos: “Cristo, el nuevo Adán..., manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación”: y esto lo hace “en la misma *revelación del misterio del Padre y de su amor*”<sup>27</sup>.

Benedicto XVI dedicó su primera Encíclica para hablar del amor del que Dios nos colma y para tratar cómo cumplir de manera eclesial el manda-

---

25 Cf. JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Christifidelis laici* (30 de diciembre de 1988) 36.

26 Cf. *ib.*, *Dives in misericordia* 7.

27 *Ibid.*, 1.

miento del amor al prójimo<sup>28</sup>. En este sentido subrayaba que “Para la Iglesia, la caridad no es una especie de actividad de asistencia social que también podría dejar a otros, sino que pertenece a su naturaleza y es manifestación irrenunciable de la propia esencia”<sup>29</sup>, pues “toda la Iglesia, en todo su ser y obrar, cuando anuncia, celebra y actúa en la caridad, tiende a promover el desarrollo integral del hombre” el cual “concierna a la totalidad de la persona en todas sus dimensiones”<sup>30</sup>. Ese volcarse de la Iglesia al servicio del hombre no reduce su acción a una simple dimensión horizontal y terrena, ya que la Iglesia no puede dejar de lado el anunciar y presentar la vida eterna, pues solo cuando el ser humano tiene claro su futuro, tiene una esperanza y se hace llevadera su vida. Éste fue, precisamente, uno de los elementos distintivo de los cristianos desde un comienzo<sup>31</sup>.

### 3. PAPA FRANCISCO Y SU MENSAJE SOBRE LA MISERICORDIA Y LA TERNURA

El papa Francisco, siguiendo lo que ha sido su motivación fundamental de servicio a la Iglesia, retoma toda esta doctrina para invitarnos con gran fuerza y convicción a celebrar el Año Jubilar:

En este Año Santo podremos realizar la experiencia de abrir el corazón a cuantos viven en las más contradictorias periferias existenciales, que con frecuencia el mundo moderno dramáticamente crea. ¡Cuántas situaciones de precariedad y sufrimiento existen en el mundo hoy!... En este Jubileo la Iglesia será llamada a curar aún más estas heridas, a aliviarlas con el óleo de la consolación, a vendarlas con la misericordia y a curarlas con la solidaridad y la debida atención... Abramos nuestros ojos para mirar las miserias del mundo, las heridas de tantos hermanos y hermanas privados de la dignidad, y sintámonos provocados a escuchar su grito de auxilio. Nuestras manos estrechen sus

---

28 BENEDICTO XVI, *Deus caritas est* 1.

29 *Ibid.*, 25.

30 *Id.*, *Caritas in veritate* 11.

31 Cf. *Id.*, Carta encíclica *Spe salvi* (30 de noviembre de 2007) 2.



manos, y acerquémoslos a nosotros para que sientan el calor de nuestra presencia, de nuestra amistad y de la fraternidad<sup>32</sup>.

En la Bula *Misericordiae vultus* encontramos una bella explicación acerca de lo que es la misericordia divina, que constituye la base fundamental para que también nosotros seamos misericordiosos. La misericordia, dice el papa, es la palabra que manifiesta la realidad más profunda del misterio de la Trinidad, es el acto último y supremo de Dios que sale a nuestro encuentro, es la vía que une Dios y el hombre, es la ley fundamental que habita en el corazón de cada persona, es la condición para nuestra salvación y, por todo ello, es fuente de alegría, de serenidad y de paz<sup>33</sup>. La misericordia es el modo permanente del actuar del Padre, la cual debe ser reflejada, ser visibilizada en nuestras palabras y nuestras acciones teniendo siempre delante la figura de Jesús, de tal manera que ella se convierte en el criterio para saber quiénes son realmente sus verdaderos hijos<sup>34</sup>. Ahora bien, porque hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios, estamos llamados todos nosotros a ser *misericordiosos como el Padre* (cf. Lc 6,36), para que de esa manera ayudemos a hacer visible y tangible la misericordia divina y nuestra vida sea coherente con la fe que profesamos.

*Misericordiosos como el Padre* ha sido el lema del Año Jubilar. Si la misericordia es la característica fundamental de Dios y es la realidad más profunda del misterio de la Trinidad, entonces nosotros no podemos pensar que se trata de la realización de simples actos individuales y esporádicos, sino que se requiere que la vivamos en comunión. En efecto, formamos parte de la Iglesia y como miembros de ella, del Cuerpo de Cristo, lo que hagamos debe ser expresión de nuestra comunión con Dios y con nuestros hermanos, pero al mismo tiempo, debe ser la expresión viva del esfuerzo personal de imitar a Jesús, de seguirlo y de tratar de vivir como él, para hacerlo presente y actual en el mundo. La tarea de la Iglesia de anunciar el Evangelio a todas las gentes y hacer discípulos ciertamente no puede ser desencarnada, por el contrario, ha de ofrecer una respuesta viva a los problemas del hombre al

---

32 FRANCISCO, *Misericordiae vultus* 15.

33 Cf. *ibid.*, 2.

34 Cf. *ibid.*, 9.

que se dirige, pues lo que se anuncia debe ser siempre una luz permanente y actual de esperanza y una exigencia constante de testimonio de amor.

El Papa nos recuerda, además, que “la verdadera fe en el Hijo de Dios hecho carne es inseparable del don de sí, de la pertenencia a la comunidad, del servicio, de la reconciliación con la carne de los otros. El Hijo de Dios, en su encarnación, nos invitó a la revolución de la ternura” (EG 88).

Este fue, como hemos indicado, uno de los propósitos fundamentales del Concilio Vaticano II, que ahora ha sido reafirmado con gran fuerza en el Magisterio de la Iglesia. De ahí la insistencia del papa Francisco al invitar a la Iglesia a ser una *Iglesia en salida* capaz de renunciar a la “autorreferencialidad” y de salir de la propia comodidad para atreverse a llegar a las periferias existenciales sedientas de la luz del Evangelio. Al mismo tiempo, una Iglesia que sea participativa, que dé espacio a todos los bautizados a cumplir con responsabilidad su tarea y que ninguno se sienta excluido de ejercer un protagonismo. Asimismo una Iglesia que sepa “primerear”, es decir que, a ejemplo del Señor, sea capaz de tomar la iniciativa, tener creatividad, comprometerse con el pueblo, acompañar, acortar distancias, dialogar (cf. EG 120-124). El Papa ha invitado, por consiguiente, a toda la comunidad eclesial para que sea una Iglesia samaritana, que sea “el lugar de la misericordia gratuita, donde todo el mundo pueda sentirse acogido, amado, perdonado y alentado a vivir según la vida buena del Evangelio”(EG 114).

Si la predicación de Francisco, centrada en la misericordia, ha calado hondo en el corazón no sólo de los cristianos, sino también de tanta gente descreída o indiferente, e incluso de personas que tienen otros credos religiosos, es porque de manera sencilla pero insistente se ha centrado en una de las realidades esenciales para la convivencia humana y de la cual el mundo contemporáneo está tan necesitado a causa del creciente avance de la violencia, las guerras, el terrorismo, la injusticia, la corrupción, la desigualdad, el empobrecimiento, la indiferencia, la violación de los derechos humanos. No se trata de que Francisco haya realizado una innovación absoluta en la Iglesia y de que ésta se hubiera callado antes frente a esas situaciones, ya que a lo largo de su historia siempre ha tenido continuos y fuertes llamados a vivir de manera auténtica el amor a los pobres y a poner en práctica lo que constituye la novedad del Evangelio, lo cual ha alimentado su presencia en el mundo y ha sido uno de los grandes signos de credibilidad. Su preocupación por la justicia y la paz, que ha recogido y puesto en evidencia en la abundante Doc-

trina Social de la Iglesia, sobre todo en los dos últimos siglos, son testimonio de su preocupación por predicar y poner en práctica el gran mandamiento del amor (Jn 13,34) y de la misericordia (Lc 6,36). Hay que mirar, además, la enorme multitud de santos y santas que han encarnado la misericordia divina y se han convertido en modelos para todos los cristianos, para percatarnos que estamos ante una realidad que ha brotado de la acción del Espíritu Santo que les dio la fuerza para vivir de manera heroica las virtudes necesarias para seguir las huellas del Señor y del deseo sincero que tenía de cumplir el mandamiento del amor.

Así, pues, Francisco lo que ha hecho es insistir “a tiempo y a destiempo” (cf. 2 Tm 4,2) en la eterna novedad del Evangelio, de Cristo mismo que, hoy como ayer, es escuchado y acogido con alegría por muchísimos, pero también rechazado y silenciado por aquellos que quieren cerrar su corazón a la fraternidad e imponerse con violencia y arrogancia sobre los demás.

## EPILOGO

Al convocar a un Jubileo extraordinario de la misericordia el papa Francisco ha querido hacernos caer en la cuenta de que para cumplir hoy con la misión de la Iglesia tenemos que hacer visible de manera concreta el rostro misericordioso de Dios. Nos invita a hacer lo posible para que nos sintamos necesitados de esa misericordia que se traduce en cercanía, ternura y perdón. El mundo está sediento de la cercanía de Dios, precisamente porque es cada vez más insistente el querer encontrar respuesta a sus inquietudes solamente en los nuevos adelantos y en la tecnología digital, sin darse cuenta de que de esa manera se aleja mucho más de Dios, queda a la deriva y pierde su horizonte.

Este *Año Santo de la Misericordia* constituye, por consiguiente, una magnífica oportunidad para reavivar el espíritu del Concilio y para poner en práctica la invitación que nos hace Jesús de “ser misericordiosos como el Padre”. La riqueza doctrinal y pastoral que encontramos en las cuatro Constituciones conciliares, como en los Decretos y Declaraciones que explicitan aspectos fundamentales de todo lo que fue la fecunda y renovadora reflexión de los Padres conciliares, sin embargo, después de cincuenta años, no son todavía conocidos suficientemente y mucho menos puestos en práctica. Este

Jubileo, por lo tanto, nos ofrece la ocasión de retomarlos, de estudiarlos y de comprometernos a hacer el esfuerzo de profundizar en ellos para tratar de vivir cuanto ha sido ofrecido a la Iglesia en tan ricos documentos. Son un legado que no podemos olvidar o perder. Cuando el papa Benedicto XVI inauguró el *Año de la Fe*, justamente el día en que se celebrara el quincuagésimo aniversario de la inauguración del Vaticano II, en su homilía decía al respecto:

considero que lo más importante... es que se reavive en la Iglesia aquella tensión positiva, aquel anhelo de volver a anunciar a Cristo al hombre contemporáneo. Pero, con el fin de que este impulso interior a la nueva evangelización no se quede solamente en un ideal, ni caiga en la confusión, es necesario que ella se apoye en una base concreta y precisa, que son los documentos del Concilio Vaticano II, en los cuales encontramos su expresión. Por esto, he insistido repetidamente en la necesidad de regresar, por así decirlo, a la "letra" del Concilio, es decir a sus textos, para encontrar también en ellos su auténtico espíritu, y he repetido que la verdadera herencia del Vaticano II se encuentra en ellos<sup>35</sup>.

Igualmente el papa Francisco, refiriéndose al íntimo nexo que tiene el Año de la Misericordia con el Concilio, nos dice en la Bula de convocación:

La Iglesia siente la necesidad de mantener vivo este evento. Para ella iniciaba un nuevo periodo de su historia. Los Padres reunidos en el Concilio habían percibido intensamente, como un verdadero soplo del Espíritu, la exigencia de hablar de Dios a los hombres de su tiempo en un modo más comprensible. Derrumbadas las murallas que por mucho tiempo habían recluso la Iglesia en una ciudadela privilegiada, había llegado el tiempo de anunciar el Evangelio de un modo nuevo. Una nueva etapa en la evangelización de siempre. Un nuevo compromiso para todos los cristianos de testimoniar con mayor entusiasmo y convicción la propia fe. La Iglesia sentía la responsabilidad de ser en el mundo signo vivo del amor del Padre<sup>36</sup>.

---

35 Cf. BENEDICTO XVI, Homilía en la santa misa para la Apertura del Año de la Fe (11 de octubre de 2012).

36 FRANCISCO, *Misericordiae vultus* 4.

Que estas recomendaciones de los papas sean un estímulo permanente para conocer mejor este tesoro que tiene la Iglesia y que el Año Jubilar sea para todos una ocasión para peregrinar hasta la Puerta Santa, en Roma o en las distintas Catedrales de todo el mundo, Puerta que simboliza la manifestación del corazón misericordioso de Dios, develado en el costado abierto de Cristo sobre la cruz (Jn 19,34). Que esa peregrinación y ese atravesar la Puerta Santa sean signo de que ponemos todo nuestro empeño para iniciar un camino de conversión; un signo de que abrimos nuestro corazón para dejarnos abrazar por la misericordia de Dios y de que nos comprometemos a ser misericordiosos con los demás, como el Padre lo es con nosotros.

